tinuar siendo números descabalados de batallones disueltos, ¡quién sabe á qué barricada habrías concluido por arrastrarme!... ¡Ah! Decididamente, kepis de motín y de indisciplina, kepis de pereza, de borrachera, de club, de necedades, kepis de la guerra civil, no mereces ni siquiera el rincón de desecho que te había permitido conservar en mi casa.

¡A la espuerta de la basura!...

EL TURCO DE LA COMMUNE

Era un tamborilerito de tiradores indígenas. Se llamaba Kadur, procedía de la tribu del Djeudel, y formaba parte de ese puñado de turcos que se refugiaron dentro de París con el ejército del general Vinoy. Había hecho toda la campaña, desde Wissemburgo hasta Champigny, atravesando los campos de batalla como ave de tormenta con sus sonajas de hierro y su *derbuka* (tambor árabe), tan vivaracho, tan in-

quieto, que las balas no sabían dónde alcanzarle. Mas cuando vino el invierno, ese pequeño bronce africano enrojecido al fuego de la metralla, no pudo soportar las noches de grandes guardias, la inmovilidad entre la nieve; y una madrugada de Enero recogiéronle á orillas del Marne, con los piés helados, yerto de frío. Permaneció mucho tiempo en la ambulancia. Allá le vi por vez primera.

Triste y sufrido como un perro enfermo, el turco miraba en torno suyo con sus dulces ojos muy abiertos. Cuando le hablaban, se sonreía y mostraba su dentadura. Esto es todo lo que podía hacer, pues nuestra lengua le era desconocida, y á duras penas hablaba el *sabir*, jerga franco-argelina compuesta de provenzal, de italiano y de árabe, formada por palabras cambiantes recogidas como conchas en las costas de los mares latinos.

Kadur no tenía más que su *derbuka* para distraerse. De tarde en tarde, cuando se aburría en extremo, se lo llevaban á su cama y le permitían tocarlo, pero no muy fuerte, á causa de los otros enfermos. Entonces su pobre fisonomía oscura, tan deslucida y macilenta con la claridad amarilla y el paisaje de invierno que ascendía de la calle, animábase, gesticulaba, seguía todos los movimientos del ritmo. Ya tocaba calacuerda y brillaban sus blancos dientes con una sonrisa feroz, ó bien humedecíanse sus ojos al tañer alguna alborada musulmana, ensanchaba las aberturas de la nariz, y entre el pesado olor de la ambulancia, en medio de

redomas y compresas, le parecía ver de nuevo los bosques de Blidah llenos de naranjas, y las moritas saliendo del baño, con blancos velos por antifaz y perfumadas con verbena.

Así transcurrieron dos meses. En estos dos meses, París había hecho muchas cosas; pero Kadur no lo sospechaba. Había oído pasar bajo sus ventanas el rebaño de hombres que regresaba rendido de cansancio y desarmado; más tarde, los cañones paseados, rodando desde la mañana á la noche; por último, el somaten y el bombardeo. A todo esto, no comprendió nada más sino que continuaba la guerra y que iba á poder batirse nuevamente, puesto que estaban curadas sus piernas. A la postre salió, con su tambor á la espalda, en busca de su compañía.

No tuvo que buscar por mucho tiempo. Unos federados que pasaban lleváronle consigo al gobierno militar de la plaza. Después de un largo interrogatorio, como no podían sacar de él en limpio otra cosa sino algunos *bono bezef*, *macache bono*, el general de día acabó por darle diez francos y un caballo de ómnibus, y le agregó á su estado mayor.

En esas escoltas de la *Commune* había un poco de todo: chamarretas rojas, mantos polacos, casaquillas húngaras, blusas de marinero, y oro, terciopelo, lentejuelas, galones. Con su chaquetita azul bordada de amarillo, su turbante y su *derbuka*, el turco acabó de completar la mascarada. Contentísimo de verse en tan buena compañía, ébrio por el sol, el ca-

29916
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

ñoneo y el tráfago callejero, con aquella batahola de armas y uniformes, y persuadido además de que continuaba la guerra contra Prusia con un no sé que más vivo, más libre, este desertor inconsciente tomó parte del modo más simplón en la gran bacanal parisiense y tuvo una celebridad momentánea. Por todas partes aclamábanle los federales y le festejaban al pasar él; la *Commune* estaba tan orgullosa de poseerle, que hacía ostentación de ello, lo pregonaba, lo llevaba á guisa de una escarapela. Veinte veces diarias le enviaban desde la comandancia de la plaza al ministerio de la Guerra, desde el ministerio de la Guerra al Palacio-Ayuntamiento. ¡Les habían dicho tantas veces que sus marinos eran simulados y sus artilleros fin-

gidos!... Por lo menos éste era un turco de verdad. Para convencerse de ello bastaba mirar aquella vivacidad pizpireta de mono joven, y todo el salvajismo de aquel cuerpecillo al agitarse sobre su caballazo con los caracoleos de la *fantasía*.

Sin embargo, para la dicha de Kadur faltaba una cosa. Hubiera querido batirse, hacer hablar á la pólvora. Por desgracia, con la *Commune*, como con el Imperio, los del estado mayor no solían entrar á menudo en fuego. Fuera del servicio de partes y de las paradas, el pobre turco pasaba el tiempo en en la plaza de Vendôme ó en los patios del ministerio de la Guerra, en medio de esos campamentos desordenados, llenos de barriles de aguardiente siempre en cata, de toneles

de tocino con las tapas quitadas, francachelas al aire libre en las cuales conocíase aún todo el hambre del asedio. Demasiado buen musulmán Kadur para tomar parte en esas orgías, apartábase de ellas, sobrio y tranquilo; tomaba sus abluciones en un rincón, hacía su alcuzcuz con un puñado de sémola; luego, después de tocar un ratito el *derbuka,* se arropaba en su alquicel y se dormía sobre unas gradas de piedra, al calor de las fogatas del vivac.

Un amanecer del mes de Mayo, despertó al turco un horroroso fuego de fusilería. El ministerio era presa del pánico: todo el mundo echaba á correr, huyendo. Maquinalmente hizo como los demás, montó á caballo y siguió al estado mayor. Las calles estaban llenas de

cornetas despavoridos, de batallones á la desbandada. Estaban desempedrando y haciendo barricadas. Es evidente que ocurría algo extraordinario... Conforme se iban acercando al muelle, la fusilería era más perceptible y mayor el tumulto. En el puente de la Concordia, Kadur perdió de vista al estado mayor. Un poco más lejos le quitaron su caballo: era para un individuo de kepis con ocho galones, á quien apremiaba mucho ver lo que ocurría en el palacio del Ayuntamiento. Furioso el turco, echó á correr con dirección al sitio del combate. Mientras corría iba armando su fusil «chassepot» y diciendo entre dientes: *Macache bono, Brusián...* pues para él eran los prusianos quienes acababan de entrar. Silbaban ya las balas en torno

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

del obelisco, entre el follaje de las Tullerías. En la barricada de la calle de Rívoli, unos «vengadores de Flourens» le llamaron:—¡Eh, turco, turco! Eran sólo una docena, pero Kadur valía por todo un ejército.

De pié en lo alto de la barricada, altivo y chillón como una bandera, batíase dando saltos y gritos, bajo una granizada de metralla. Por un instante, entre dos descargas de cañón, descorrióse un poco la cortina de humo que subía de la tierra y le permitió ver en los Campos Eliseos masas de tropas con pantalones rojos. En seguida todo volvió á presentarse confuso. Creyó haberse engañado, y siguió haciendo disparos á más y mejor con su fusil.

De repente la barricada se quedó en silencio. El último artillero aca-

baba de huir de ella soltando su postrer disparo. El turco, por su parte, no se meneó. Agazapado y pronto á saltar, caló bayoneta y se puso á la espera de los cascos puntiagudos... ¡La infantería de línea fué quien llegó!... Entre el sordo ruido del paso de carga gritaban los oficiales:

—¡Ríndete!

El turco tuvo un minuto de estupor, y luego dió un brinco, con el fusil al aire:

—*Bono, bono, Francese!...*

En su inteligencia de salvaje, figurábase vagamente que aquel era el ejército libertador, el del general Faidherbe ó el del general Chancy, á quienes de tan largo tiempo atrás esperaban los parisienses. Por eso, ¡qué feliz era y como se reía á carcajadas, enseñándoles

toda su blanca dentadura!... En un abrir y cerrar de ojos tomaron la barricada. Rodeáronle á empellones:

—¡A ver tu fusil!

Su fusil estaba caliente todavía.

—¡A ver tus manos!

Sus manos estaban negras de pólvora. Y el turco se las enseñó con orgullo, sin cesar en sus risotadas. Entonces le empujaron contra una pared, y ¡pum!...

Murió sin haber comprendido nada de aquello.

EL CONCIERTO DE LA OCTAVA

Todos los batallones del barrio del Marais y del arrabal de San Antonio acampaban aquella noche en los barracones de la avenida de Dumesnil. Tres días llevaba el ejército del general Ducrot batiéndose en las alturas de Champigny. A nosotros nos hacían creer que formábamos la reserva.

Nada tan triste como ese campamento de baluarte exterior, rodeado de chimeneas de fábrica, esta-